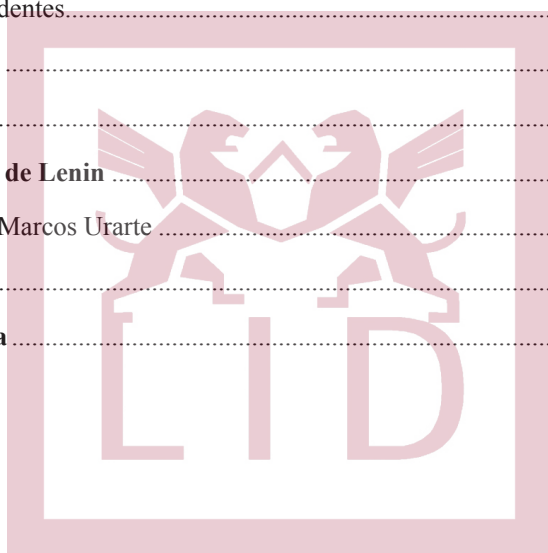


Índice

Prólogo de José María López Rodríguez	9
Agradecimientos	13
Introducción	15
01. Cuestiones previas	27
02. Umbrales para una revolución	33
03. La importancia de la antropología	37
04. La incoherencia, elemento consustancial del comunismo	43
05. Las contradicciones de Lenin.....	61
06. Gueorgui Plejánov, el pionero ninguneado	75
07. Someterse o morir	79
08. León Davidovich Bronstein, Trotsky	93
09. Verdad, ¿qué verdad?	99
10. ¿Todo el poder para los sóviets?	113
11. Palabras al servicio del poder.....	121
12. Todos contra todos	131
13. El humor como lenitivo	149

14. Un mundo de jactanciosos	165
15. El enriquecimiento de la nomenklatura	173
16. Stalin	181
17. El caso Mao.....	193
18. El fin justifica cualquier medio	201
19. El caso Che Guevara	213
20. El caso Allende	221
21. Odio a la trascendencia	231
22. Los disidentes.....	237
Conclusión	247
Anexo.....	253
Cronología de Lenin	311
Epílogo de Marcos Urarte.....	319
Notas.....	321
Bibliografía.....	323



Prólogo

Se cumple en octubre de 2017 un nuevo aniversario de la revolución rusa. Ha sido precisamente la fecha redonda del centenario la elegida por el pensador español Javier Fernández Aguado para publicar este libro, fruto de muchos años de investigación.

Tras analizar el *management* de los faraones (*Egipto, escuela de directivos*), de los griegos clásicos (*Management, la enseñanza de los clásicos*), del imperio romano (*Roma, escuela de directivos*), de la orden del Temple (*Templarios, enseñanza para organizaciones contemporáneas*) y de Hitler (*El management del III Reich*), el autor nos entrega una nueva obra repleta de sabiduría para la operación del día a día de nuestras organizaciones.

Hace años, Francisco Alcaide calificó al profesor Fernández Aguado como un arqueólogo del *management* que es, a la vez, un astronauta que con visión holística nos permite columbrar mejor hacia dónde nos dirigimos. Me ha parecido siempre una clarificadora descripción, pues el autor explora efectivamente el pasado, pero no para exponerlo como en la vitrina de un museo, sino para anticipar lo que va a suceder.

CEDERED, desde su creación en 1992, ha proporcionado siempre soluciones de corte humanista, empresarial y social a las organizaciones que solicitan nuestros servicios.

Es lógico, por eso, que desde hace muchos años siguiésemos la pista del profesor Fernández Aguado que, como consumado serpa, lleva lustros abriendo caminos conceptuales con sus correspondientes aplicaciones prácticas a quienes pretendemos contribuir a la mejora de las organizaciones. También desde hace muchos años venimos contando con él en diferentes proyectos, fundamentalmente dirigidos a la formación y el asesoramiento de la alta dirección. Esa colaboración ha culminado en la constitución de la Escuela de Buen Gobierno en la que Javier, junto a José Aguilar, son ponentes de lujo tanto para consejeros delegados como para otros miembros de comités de dirección de empresas de Castilla y León y comunidades limítrofes.

En *¡Comaradas! De Lenin a hoy*, Fernández Aguado muestra no sólo un exhaustivo conocimiento histórico de la revolución y sus antecedentes, sino que pone ante nuestros ojos comportamientos y decisiones de los que deberíamos aprender y otros que deberíamos evitar.

Con finura intelectual señala que muchas de las condenas de los bolcheviques contra el régimen zarista eran ciertas. Sin embargo, las propuestas que realizaron para remediar aquellos males no sólo no fueron adecuadas, sino que dañaron profundamente a quienes, en teoría, venían a redimir. ¡En ocho meses, los bolcheviques asesinaron más ciudadanos rusos que los zares en 80 años! ¡Cuántas veces somos perspicaces al señalar lo que no funciona y torpes para principiar soluciones eficaces y oportunas!

El análisis pormenorizado de personajes como Plejanov, Lenin, Stalin, Radek o Mao permite descubrir en algunos (no en todos) una razonable buena intención teórica, que no se plasmó en una implantación práctica beneficiosa para las personas a las que supuestamente venían a liberar.

Como ha repetido el autor en diversas ocasiones, dirigir personas y organizaciones no es una mera ciencia, sino una ciencia artística. Esto es difícil que lo entiendan los ingenieros sociales, como fueron los bolcheviques, cuyas nociones de antropología y ética son escasas cuando no nulas.

En el interesante capítulo dedicado al humor se halla una chanza que me parece resume lo que debemos hacer después de aceptar un error.

Cierto día desapareció el cuerpo de Lenin de su mausoleo. La limpiadora descubrió esa mañana un sobre la tumba en el que se leía: «Al señor juez».

El magistrado recibió la misiva y la abrió con cuidado. Reparó en un tarjetón en el que el revolucionario había dejado escrito: «Me he vuelto a Suiza a repensarlo todo».

¡*Camaradas! De Lenin a hoy* es un libro repleto de sabiduría. Con su lectura se aprende y se disfruta. El número de aportaciones para nuestro comportamiento diario es cuantioso. Frente a obras epidérmicas y/o de autoayuda, investigaciones del calado del texto que el lector tiene entre sus manos muestran una vez más la vitalidad de lo que algunos han denominado la escuela española del *management*; un colectivo de estudiosos del que Fernández Aguado es su más conspicuo representante.

Se entiende bien que Nuria Ramos y Sergio Casquet, autores de *Pensadores españoles universales*, incluyesen a Fernández Aguado como uno de los diez elegidos.

Ojalá los lectores gocen y aprovechen tanto como yo el magnífico libro que tienen entre las manos.

José María López Rodríguez
Director general de CEDERED

Agradecimientos

Son muchas las personas a quienes debo agradecimiento. En primer lugar, a mi esposa, Marta, y a mis hijos, Enrique y Sofía, que han sabido disculpar mi dedicación a la elaboración de este libro. Si siempre les tengo presentes en mi trabajo, más aun en la presente ocasión. En este texto se desea prevenir a los no fanatizados sobre el riesgo de una marcha atrás en la historia, que llevaría a ensayar con modelos que se han probado fallido una y cien veces.

Mi madre y hermanos siguen con ilusión mis investigaciones. Al igual que los padres de mi esposa –Pilar y Enrique– y mi cuñada y su esposa: Raquel y Antonio.

Isidro Fainé, presidente de la Fundación Bancaria la Caixa, ha tenido a bien promover una Cátedra de Management que se concretó en IE Business School para facilitar mi labor investigadora a la vez que mi obra, y el pensamiento crítico generado se ha puesto a disposición del público en la biblioteca de esa puntera Escuela de Negocios. Jaume Girò, director general de la Fundación, Ángel Font, Jesús Nemesio Arroyo y Juan Antonio García Fermosel han facilitado todo el proceso.

Marco Trombetta, Salvador Carmona, María Teresa Miralba, Joaquín Garralda, Joaquín Uribarri, Beatriz Serena, Amada Marco, Enrique Escano, Carmen Cristina Jiménez, Ana de la Cruz, Cuqui Cabanas,

Margarita Velasquez, Susana Torres..., del IE, han colaborado con generosa eficacia en la puesta en marcha y desarrollo de esa Cátedra.

José Aguilar, Enrique Sueiro, Juan Francisco Pérez Hurtado, María Victoria de Rojas, Mariano Vilallonga, Lorenzo Dávila, José de los Ríos, José María Fernández-Pirla, Andrés Fernández-Pirla, Pilar Gómez-Acebo, Ignacio López Domínguez, Fernando Moroy, María Subrá, Rafael Esparza, José María E., Franck Sibille, Pilar Moncayo, Sandra Ibarra, Juan Ramón Lucas, Federico Fernández de Santos, José Antonio Carazo, María Teresa Sáinz, Laura Elena Calvache, Alfredo Ruiz-Plaza, Borja de Wenzel, Rogelio Leal, María Calvete, Richar Ruiz, Rodrigo Jordán, José Luis de Federico y Guillermo Barrenechea son nombres que acuden espontáneamente a la pluma, pues con ellos, y con muchas otras personas de diversos países del mundo, suelo contrastar mis proyectos e investigaciones.

José María López Rodríguez ha escrito un profundo y cariñoso prólogo, que agradezco. Y también agradezco a Marcos su epílogo, repleto de reflexiones personales de calado.

Sergio Casquet, uno de esos intelectuales profundos con los que es gratisísimo conversar porque siempre se aprende, ha tenido la amabilidad de sugerirme indicaciones y reflexiones, que he asumido con gusto por lo acertadas. Josep Jordan no es sólo un amigo, sino en este caso –una vez más– un estupendo asesor que ha realizado precisiones de interés para el buen fin de este libro.

Luis Poblador, CEO de SFB, ha querido apoyar esta nueva investigación como lo ha hecho con otras precedentes. Se lo agradezco muy de veras. No sólo es un gran profesional es también una extraordinaria persona.

Marcelino Elosua, Jeanne Bracken, Nuria Coronado, Laura Díez, Almudena Mendoza, Beatriz Raso y Laura Madrigal grandes profesionales de LID Editorial a quienes mucho agradezco el eficaz trabajo que realizan para la mayor difusión de mi obra.

Introducción

El maniqueísmo, doctrina que propugna la tajante segmentación entre buenos y malos, resulta errado para juzgar la realidad. En el mal suelen descubrirse casi siempre atisbos de bondad. Y es frecuente que entre quienes son calificados como buenos la malicia se encuentre también presente.

Si bien es cierto que, al igual que los árboles, los movimientos políticos, ideológicos o religiosos han de ser ponderados por sus frutos, también lo es que en los orígenes incluso los más nocivos por sus resultados fueron proyectos que comprendían conjeturas positivas.

En los albores del comunismo, incluso antes de que Karl Marx capitalizase mucha doctrina precedente, puede intuirse buena intención en el deseo de transformar en realidad una utopía. Desafortunadamente, en implementación el comunismo ha sido siempre un desastre. Los rendimientos del comunismo no han sido, hasta el momento, buenos en ningún lugar. Pueden haber removido conciencias y servido de contrapeso en determinados momentos a los excesos del capitalismo. No pocos rusos comentan lo siguiente: «gracias a que nosotros conocimos el rostro inhumano del comunismo vosotros habéis conocido el rostro humano del capitalismo». Pero la historia no miente, y la verdad es que en su aplicación directa el comunismo ha conducido a la muerte o al desastre a aquellas poblaciones en que se ha impuesto.

Alexander Kérenski lo anticipaba con cruda franqueza en los albores de la revolución:

«Nos aconsejáis imitar a la Revolución francesa de 1792. Queréis arrastrarnos a una desorganización completa del país. Cuando, con el apoyo de la reacción, hayáis conseguido destruirnos, ¡habréis preparado el espacio para un dictador!».

Tristemente se cumpliría la premonición de que las revoluciones siempre arrancan como conmociones anarquistas dirigidas contra una estructura burocrática del Estado que ineluctablemente desmantelan. Luego la reemplazan por otra organización burocrática, por regla general más rígida todavía y que más tarde o más temprano cancela la libertad de las masas que se ofrecían a libertar.

Así presenta el historiador francés François Furet la cuestión en *Fascismo y comunismo*¹:

«El punto que relaciona en profundidad comunismo y fascismo es el déficit político constitutivo de la democracia moderna. Los diferentes tipos de regímenes totalitarios que se establecieron en su nombre tienen como punto común la voluntad de poner fin a ese déficit [...]. El hecho de que las dos ideologías se proclamen en situación de conflicto radical entre ellas no les impide reforzarse una a la otra por esta misma hostilidad: el comunista nutre su fe del antifascismo y el fascista, del anticomunismo. Y, por otra parte, ambos combaten el mismo enemigo: la democracia burguesa. El comunista la ve como el terreno propicio para el fascismo y el fascista, como la antesala del bolchevismo, pero tanto uno como otro luchan para destruirla».

Como casi todos los profetas de utopías, Marx y sus aplicadores prácticos abandonaron pronto al ser humano en beneficio de una entidad abstracta que acaba transfigurándose en el enriquecimiento de ellos mismos como nueva clase dirigente o nomenklatura. Vladímir Ilich Uliánov, Lenin y sus secuaces llegarían prometiendo paz, pan y tierra, pero entregarían como herencia sufrimiento, discordia, hambre y pobreza.

John Reed, hagiógrafo de Lenin, le describía así en *Diez días que estremecieron al mundo*²:

«Eran las 8,40 cuando estruendosas aclamaciones anunciaron la entrada del Presídium con Lenin –el gran Lenin– entre los demás miembros. Una figura corta, pero corpulenta, con una gran cabeza, bien asentada sobre los hombros; era calvo y rollizo. Ojos pequeños, nariz respingona, boca amplia y carnosa, fuerte mandíbula. Estaba bien afeitado ahora, pero ya comenzaba a apuntar su característica barba del pasado y del futuro. Desaliñado, con pantalones demasiado grandes. Su presencia no era impresionante para ser el ídolo de las masas, amado y reverenciado como muy pocos líderes históricos lo han sido. Un extraño líder popular: un líder por obra y gracia exclusiva de su intelecto. Anodino, sin sentido del humor, inflexible y distante, sin una idiosincrasia pintoresca. Pero con el poder de explicar ideas profundas en términos sencillos, y con la capacidad de analizar una situación concreta. Por último, y combinada, además, con la sagacidad, la mayor audacia intelectual».

No comparto, desde luego, el entusiasmo del autor norteamericano, innumerables veces puesto como ejemplo de adulador inmoderado.

Dentro de aquel personaje se apilaría un universo de perfidia que iría poco a poco filtrándose. Acabaría transmutando en el doctrinario de una de las ideologías más demoledoras que la historia ha contemplado. Sus supuestos opositores, los nazis, encontrarían en él el mejor de los modelos. Escribiría Rudolf Hoss, máximo responsable del campo de concentración y exterminio Auschwitz-Birkenau:

«La dirección de seguridad hizo llegar a los comandantes de los campos una documentación detallada en relación con los campos de concentración rusos. Partiendo de testimonios de evadidos, se exponían con todo detalle las condiciones que reinaban en los mismos. Se subrayaba de manera particular que los rusos aniquilaban poblaciones enteras empleándolas en trabajos forzados».

Paralelamente, cuando Iósif Stalin supo de la noche de los cuchillos largos –la purga política que los nazis llevaron a cabo en verano de 1934 fundamentalmente dirigida contra la sección de asalto (SA) de Ernst Röhm– comentó: «qué gran tipo ese Hitler. Ha sabido cómo lidiar con los oponentes políticos».

El sucesor de Lenin, Stalin –al igual que sucedía con Hitler– tampoco procedería del país del que se adueñó. De su carencia de humanidad en el modo de gobernar hablaré con detalle. Anticipo que cuando su hijo quiso suicidarse, Stalin se limitó a comentar: «no sabe ni apuntar bien».

Stalin no se circunscribiría a exterminar a los Romanov, la dinastía que regía Rusia desde el siglo XVII, sino a todos los partidos que habían luchado con o en contra de Nicolás II. Es más, aniquilar al zarismo no le resultaría en cualquier caso tan anhelado como acabar con cualquier disidente. Parece una paradoja, pero no lo es.

En su entorno más próximo, también fue Stalin demoledor. Nadia, su mujer, se suicidó. Se negaría la verdad, afirmando que había muerto de un ataque de apendicitis. Hasta su mejor amiga reaccionaría en su contra, clamando contra ella, porque ¡la necesitaba Stalin! Como si la realidad no hubiese sido que prefería la muerte a seguir conviviendo con aquel Padrecito, como se le llamaba, que aseguraba que de las cárceles se puede salir, pero no de las tumbas. Y por eso prefería enviar a cualquier disidente a estas últimas.

Pocos distinguieron con claridad lo que iba a ocurrir. Entre ellos, aunque no desde el primer momento, destaca el que fuera primer ministro británico Winston Churchill, que en la Cámara de los Comunes clamó así, no sin cierto tono racista:

«Tiemblo por Europa cuando pienso en lo que sería de nuestro viejo y superpoblado continente si se permitiera la irrupción de la ideología asiática, cuyos fines son la destrucción y el aniquilamiento de todos los valores humanos, para acabar con el triunfo de la revolución bolchevique. Hechos satánicos ocurren hoy en Rusia. Cientos de miles de seres son torturados hasta la muerte. Los hombres son martirizados y asesinados violentamente, y, sin embargo, algunas esferas de nuestro país, así como muchos Gobiernos, tienden las manos para enriquecerse con los bienes adquiridos a costa de la más horrible crueldad».

Ese modo de ver el mundo duraría hasta cuando a él le interesó, pues Churchill jugaría con diversas barajas, por intereses específicos, desentendiéndose de la objetividad y la verdad cuando estas afectaban

a sus prioridades. Pronto condenó a los nazis cuando invadieron Polonia, pero se guardó de hacerlo contra los soviéticos al hacer estos lo mismo. En un alarde de hipocresía se desinteresó por los crímenes de Katyn –la ejecución de más de 21.000 polacos en primavera de 1940 tras la invasión soviética de Polonia– o por el futuro del ejército polaco de liberación cuando esos temas no cuadraban en su agenda. De manera paralela actuó el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt, fundamentalmente después de su reelección. Hasta ese momento prefirió llevarse bien con los polacos porque muchos descendientes de esa noble y martirizada nación votaban en Estados Unidos. Roosevelt, pragmático incurable, censuró el régimen comunista para poco después ensalzarlo y cultivar la amistad del cruel Stalin. Bien sabía que ni la libertad de expresión ni la de religión ni la de movimientos ni ninguna otra importaban a Stalin, pero a él le venía bien estar a su lado, y allí se mantendría.

El experimento social inspirado por Marx y luego políticamente implantado por Lenin culminaría en millones de muertos a quienes se había prometido mejor vida. Un sueño idealista se transformaría en la peor de las pesadillas que ha sufrido la humanidad, superando en mucho la crueldad de los zares: de 1825 a 1917 el número total de personas condenadas a muerte en Rusia por sus opciones políticas fueron 6.360; de ellas, 3.923 fueron ejecutadas. En marzo de 1918 –¡en menos de seis meses!– los bolcheviques ya habían superado con creces ambas cifras.

Pronto se dejó de buscar la promoción del pueblo –si es que alguna vez se hizo– porque lo que se proponían era la subversión del sistema para apropiarse del poder. En esa agitación magmática, regida por un dictador, Lenin estaba prohibido disponer de ideas propias. Por eso caerían el revolucionario socialista Yuli Márto y tantos otros.

Lenin, personaje ignorante donde los hubiera, que sólo citaba a los escritores Émile Zola y a Jack London, no tenía reparo en mentir sobre religión o nacionalidades porque todo lo iba a destruir. Sólo le incumbía una meta: posicionarse en la cima del poder.

Cierto es que algunos de sus antecesores no le facilitaron el camino. Alejandro II, abuelo de Nicolás, había abierto la mano con las reformas, como la creación de *zemstvos*, concejos rurales que constituían

un autogobierno local, y había reorganizado sistemas de legislación y del ejército. Hasta entonces los campesinos debían servir cinco lustros obligatoriamente y las penas por mala conducta eran feroces. Lenin tenía claro –y lo mostraré– que si algo mejoraba para la plebe eso no le beneficiaba. Cuanto peor, mejor: a mayor hartazgo, mayor posibilidad de que su revolución estallase. No pensaba en el pueblo –insisto–, sino en sí mismo y en sus secuaces.

Como en cualquier conmoción social, la ingenuidad se propagó. En el caso que nos ocupa, el clérigo y líder obrero Gueorgui Gapón, es un ejemplo paradigmático. Escribió al zar pensando que no estaba al tanto de lo que sucedía:

«Señor:

No creas a los ministros. Te están engañando en cuanto se refiere a la verdadera situación del país. El pueblo cree en ti. Está decidido a concentrarse ante el Palacio de Invierno mañana a las dos de la tarde para exponerte sus justas peticiones. Nada temas. Preséntate mañana ante tu pueblo y acepta nuestros humildes ruegos. Yo, como representante de los obreros, y conmigo todos mis camaradas, garantizamos la inviolabilidad de tu persona.

Gapón».

Al sufrir las consecuencias del Domingo Rojo de 1905 –la matanza de obreros por la Guardia Imperial durante una manifestación–, Gapón ya se dirigiría en otro tono al zar:

«La sangre inocente de los trabajadores, sus mujeres y sus niños, se halla para siempre entre ti, oh, destructor de almas, y el pueblo ruso. Ha quedado destruida para siempre toda relación moral entre tu persona y los buenos rusos. ¡Que toda la sangre que ha de ser derramada, verdugo, caiga sobre ti y los tuyos!».

Las causas cercanas del cambio político son múltiples. Entre otras, las lamentables cosechas y la elección de las personas inadecuadas. Por ejemplo, el nombramiento como ministro del interior de Alexander Protópov, impulsada por Grigori Yefimovich Rasputín, un peculiar personaje de gran influencia en la familia del zar. De vida nada

ejemplar y obsesionado con las ciencias ocultas, Protopópov estaba medio loco.

En este libro, me limito a analizar un peculiar experimento sociológico que empleó a humanos en vez de ratas u hormigas. Además, lo hago desde un ángulo bien preciso: el del estilo de gobierno que fue empleado.

Muchas veces se ha argumentado que la idea era buena, pero que la implantación fue mala. Por eso debería intentarse de otra forma. ¿Habría que decir entonces lo mismo del nazismo o de la inquisición?

El comunismo se ha manifestado siempre, sin excepción hasta el momento, como un experimento social perverso. La muerte, comentaba el líder de la China comunista Mao Tse-tung, «es en realidad un motivo de regocijo [...]. Nosotros creemos en la dialéctica, así que no podemos estar en contra de la muerte».

Por si no quedaba claro, también dijo: «si la gente no muriera, ¡el planeta no podría albergarnos a todos! La gente vive y muere. ¿Quién no muere?». Llegó, por eso, a prohibir el luto por los muertos. Consideraba que «las muertes conllevan ventajas» porque «sirven para fertilizar la tierra».

Y por aclararlo definitivamente sentenció: «estamos preparados para sacrificar a 300 millones de chinos para alcanzar la victoria de la revolución mundial».

El 17 de mayo de 1958 aseguraba lo siguiente:

«No hay que armar tanto alboroto por una guerra mundial. Lo peor que puede pasar es que muera gente [...]. Que la mitad de la población desaparezca del mapa, lo que ya ha ocurrido varias veces en la historia de China [...]. Lo mejor sería que quedara la mitad de la población; lo siguiente mejor, que quedara un tercio».

Mao lo tenía claro en su vital cinismo. Aseguran que hay que defender el dicho de no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti mismo. Su principio, resumía, era exactamente el contrario: «hacer a los demás precisamente lo que no quiero que me hagan a mí».

Con esos principios llevados a la práctica, sólo en 1960 fallecieron por hambre más de 22 millones de chinos.

El líder soviético Nikita Jruschov lo vio claro: «cuando miro a Mao, veo a Stalin; es una copia perfecta». Para bien o para mal, el Muro –los innumerables muros que ha levantado– es un símbolo del comunismo: la franja de la muerte. Es lo que siempre logra. Del desconocimiento, o de la mala voluntad, de algunos habla la afirmación del filósofo y escritor francés Jean-Paul Sartre –con el que tantos intelectuales de entonces preferían equivocarse en lugar de acertar con su compatriota, el también filósofo Raymond Aron–, que elogiaba la «violencia revolucionaria» de Mao como «profundamente moral».

A pesar de los lamentables resultados, muchos seguidores no han tenido pelos en la lengua para identificarse con esos orígenes nada aconsejables. El dirigente cubano Fidel Castro lo confesaba el 1 de diciembre de 1961: «lo digo con orgullo y convicción: soy marxista-leninista, y seguiré siendo marxista-leninista hasta el último día de mi vida».

Soslayaba Castro que, en la práctica, todo buen escritor cubano –y se podría afirmar lo mismo de cualquier profesional que tenga algo que afirmar sobre la verdad– es un profesional en el exilio. Castro –y esto lo podría haber dicho el mismísimo Hitler–, en conversación con el político español Federico Mayor Zaragoza aseguraba:

«No he heredado cargo alguno ni soy rey; por tanto, no tengo por qué preparar a ningún sucesor ni mucho menos para ahorrar [al país] el trauma de una transición caótica».

Hasta el momento, en el comunismo no ha habido proyectos, sino improvisaciones y eslóganes. Sus sucesivos adalides se han protegido, al igual que en el nazismo, detrás de un supuesto pueblo para decidir y hacer lo que le parece oportuno a la cúpula tiránica que siempre se impone.

Que la diferencia esencial entre nazismo y comunismo es nimia pocas personas con un poco de conocimiento han tenido dudas. Nadie con dos dedos frente en la Polonia de fines del Segunda Guerra Mundial se hacía ilusiones con los soviéticos. Un poeta de la capital anticipaba:

«Esperamos la plaga roja
que llegará tras la muerte negra».

El comunismo se ha plasmado siempre en una obsesión que ha generado fanatismo. Cuando en agosto de 1945 regresaron soldados italianos de los campos de concentración, fueron recibidos en Roma por banderas rojas. ¡A ellos, que habían escrito en los vagones «Abajo el comunismo»! Se planteó una batalla campal en la propia estación. Los comunistas no aceptaban que los soldados tuviesen razón al hablar del gulag. Estaban dispuestos a negar la realidad por defender sus puntos de vista.

Cuenta Juan Reinaldo Sánchez, guardaespaldas de Castro casi dos décadas, que durante años no se le ocurrió preguntarse si lo que proclamaba Castro era cierto o no. Permaneció convencido por las soflamas del caribeño. Posteriormente abrió los ojos al verificar el mundo de falacias en el que se había desenvuelto. Para descalificar al contrario se utilizaba un término: fascista. Era como se calificaba a cualquiera que no aceptara las órdenes de los comunistas.

Las coordenadas geográficas, cronológicas o culturales en poco cambian los hechos. En 1932, el dirigente socialista español Francisco Largo Caballero ponía negro sobre blanco sus propósitos: «si no nos permiten conquistar el poder con arreglo a la Constitución [...], tendremos que conquistarlo de otra manera».

Al final, como en los demás casos, se acabó implantado una tiranía policial. Un empecinamiento intransigente y un sectarismo clarividente conllevan que se confíe ciegamente en lo que afirman los superiores, sin poner nunca pega alguna. Muchos actuaban así por no querer ver la realidad, y otros por miedo a que se cumpliera la amenaza del jefe de la policía y del servicio secreto soviéticos Lavrenti Beria (se llamase como se llamase el jefe de los torturadores en cada rincón del planeta): «dejádmelo a mí por una noche, y le haré confesar que es el rey de Inglaterra».

Cabría preguntarse por qué si el comunismo crea paraísos han de establecerse por la fuerza e impedir que la gente huya de allí.

El Evangelio proclamaba: «quien no está conmigo está contra mí». Lenin añadió a esa reflexión la siguiente: «quien está contra mí debe morir». Esto se trasladó a todos los niveles. El procurador Andréi Vyshinsky (acusador en los Procesos de Moscú de 1936 y 1938, las purgas políticas de Stalin), como haría Roland Freisler, su homólogo nazi, proclamaba respecto a quienes debía juzgar:

«¡Hay que acabar con estos perros rabiosos! ¡Hay que dar muerte a esta banda que esconde a las masas populares sus colmillos de fiera, sus dientes de rapaz! ¡Que se vaya al diablo el buitre-Trotsky, que lanza el espumarajo de su baba venenosa manchando las grandes ideas del marxismo-leninismo! ¡Hay que impedir que sigan haciendo daño esos mentirosos, histriones, esos pigmeos miserables, esos gozques, esos perros que se arrojan sobre el elefante! [...]. ¡Sí, abajo esta abyección animal! ¡Acabemos con esos odiosos híbridos de zorros y cerdos, con esas carroñas repugnantes! ¡Hay que hacer callar sus gruñidos porcinos! ¡Hay que exterminar a esos perros rabiosos del capitalismo que quieren hacer pedazos a los mejores hombres de nuestra tierra soviética! ¡Tienen que tragarse el odio bestial que sienten contra los dirigentes de nuestro partido!».

Y Jean Paul Sartre clamaba: «¡todo anticomunista es un perro!».

No está de más recordar que durante la Revolución de Febrero de 1917, mientras era comisario de policía en el distrito Yakimanski de Moscú, Vyshinsky firmó la orden de detención de Lenin con el cargo de espía alemán, siguiendo una orden del Gobierno Provisional Ruso. Pero en 1920 ya era bolchevique, por completo fiel a Stalin.

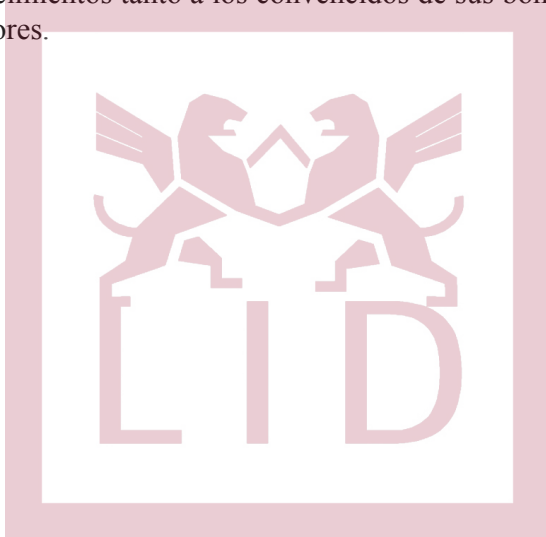
El *management* (dirección y gestión) del comunismo siempre ha jugado a lograr una servidumbre voluntaria combinada con la extensión del terror para controlar. En él, como en todas las sectas, dudar es traicionar. Por eso, el más peligroso de los enemigos es siempre el disidente. «¡La libertad –son palabras literales de Lenin– es un lujo que el comunismo no puede permitirse!».

El que fuera secretario general del Partido Comunista de Ucrania Gueorgui Piatakov lo explicaba así: «si el partido lo exige, un auténtico

bolchevique está dispuesto a creer que lo negro es blanco y lo blanco negro».

De esto y de muchas otras cuestiones se habla documentadamente en las siguientes páginas.

Entrego este libro a la imprenta cuando estamos a punto de rememorar, que no de celebrar, el centenario de la revolución bolchevique. En estos 20 lustros poco o nada ha cambiado en el comunismo por lo que a su esencia se refiere. Ha mutado, esto sí, su fachada en aspectos no esenciales. Sorprendentemente es una ideología que continúa haciendo brotar adeptos. Quizá esta investigación contribuya a conocer mejor los cimientos tanto a los convencidos de sus bondades como a sus opositores.



1

Cuestiones previas

Desde los orígenes documentados de la historia de la criatura humana sobre la Tierra tenemos constancia de los intentos por encontrar un sistema de organización colectivo. Con maestría, y notable pesimismo antropológico, lo plasmó, en 1954, William Golding en la más famosa de sus novelas: *El señor de las moscas*.

Las tentativas de encontrar una estructura adecuada han sido muy diversas. He dedicado a esta apasionante cuestión sucesivos libros, como *Roma, escuela de directivos*; *Egipto, escuela de directivos*; *El management del III Reich*; *Fundamentos de organización de empresa* o *Breve historia del management*.

Hace casi tres décadas comencé a interesarme por las dos ideologías económico-socio-políticas que, diseñadas en el siglo XIX, crearon tendencia para el planeta en el siglo XX y que hoy en día marcan todavía la existencia de millones de personas. Muchas veces me he preguntado, por cierto, cómo un superventas del aburrimiento (no se me ocurre mejor modo de describir *El Capital*, de Karl Marx) ha servido de punto de referencia para diseñar un modo de sistematizar la sociedad que ha determinado el paso por nuestro planeta de docenas de millones de seres humanos.

Retomando lecturas e investigaciones prolongadas en el tiempo, arranco ahora con la publicación de un nuevo estudio en el que trato

de desentrañar el *management* de la revolución bolchevique y sus discípulos. Para hacerlo con solvencia no queda más remedio que retrotraerse a cuestiones antropológicas y metafísicas y también —en el otro extremo— referirse a coletazos políticos que aún perduran. Con todo, el punto nodal de mis reflexiones se centra en el estilo de gobierno que fue propuesto inicialmente por Karl Marx y luego aplicado por la marabunta de autores y políticos que se han autoproclamado intérpretes ortodoxos. Para proclamarse así han tenido, obviamente, que descalificar a los demás.

Las reflexiones que aquí plasmo no son meramente académicas. Por motivos profesionales, he tenido ocasión de visitar en múltiples ocasiones países como Rusia, la República Checa, Eslovaquia, Polonia, Hungría, Eslovenia, Croacia, Vietnam, China, etc.

En otros países, como en México, he acudido siempre que me ha sido posible a engolfarme en la contemplación de la villa en que Trotsky vivió tras su exilio. He pasado horas en aquellos jardines, en su estudio, en el comedor o en la sala de estar, siempre tratando de imbuirme no sólo de lo que escribió, sino de por qué actuó como lo hizo y de por qué tenía necesariamente que ser asesinado por su antiguo camarada y luego mortal enemigo Stalin. Asimismo, he disfrutado, en fin, días enteros en Manchester, en el inmenso museo donde se trata de proporcionar una idea ajustada de los orígenes de la Revolución industrial.

Al igual que cualquier sistema político u organizativo, el comunismo se empeñó en generar una visión global del mundo y de las personas que en él vivían y habrían de vivir. De forma semejante a muchos otros visionarios a lo largo de la historia, Marx y sus intérpretes se consideraron los abanderados de una revolucionaria manera de diseñar el mundo que supuestamente beneficiaría a la humanidad. La realidad, por decirlo brutalmente, queda prohibida por los discípulos de Marx. Lo único real serán a partir de ahora sus fantasmagorías.

Anticipo que, a pesar de la aparente oposición entre liberalismo capitalista y comunismo, ambas doctrinas acumulan más coincidencias de las que pudiesen apreciarse en una superficial visión. Apunto algunas: se presentan como escuelas que responderán a todas las cuestiones sin que puedan planearse opciones fuera de ellas; se apoyan intelectualmente —si bien de forma superficial y errónea, como veremos— en

Charles Darwin, científico inglés defensor de la idea de evolución de las especies; carecen de una visión trascendente de la realidad; se fundamentan en una hermenéutica materialista; se remiten a popes que supuestamente habrían visionado para toda la eternidad el modo en que se resolverían todos los problemas posteriores; imponen una fe ciega no sólo en los postulados, sino también en las conclusiones; los individuos se transforman en elementos anónimos de un sistema productivo.

En ambos casos, por cierto, son perversiones interesadas de las teorías de Darwin, que jamás pretendió crear con ellas una ideología, sino describir una serie de acontecimientos que se dan en la naturaleza y tratar de explicarlos a través de lo que había observado en ellos.

Liberalismo capitalista y comunismo coinciden también, como detallaré en un capítulo, en la radicalidad con la que son tratados los disidentes de quien en un momento determinado se haya proclamado como intérprete válido de la ideología. Como acaece en cualquier doctrina autoritaria, el mayor enemigo no es el opositor, sino el disidente. Existen multitud de ejemplos en el comunismo, pero los hay también en el liberalismo capitalista. La única diferencia es que se presentan de forma más solapada, menos brutal.

La revolución bolchevique fue un sanguinario intento de imposición de un determinado modo de descifrar el mundo y de adoctrinar a masas ingentes en cómo debían vivir. Lenin, Stalin y sus sucesores son más que políticos: son clérigos de una doctrina *omniabarcante* con la que todos debían comulgar. Poca relevancia tenía que los mandamientos fuesen cambiando sucesivamente, como con gran ironía describiría George Orwell en *Rebelión en la granja*. Únicamente alguien que conocía en profundidad el interior de la organización pudo redactar un texto tan demoledor.

Resulta interesante que la descripción que realiza podría aplicarse a múltiples organizaciones que aseguran inspirarse en otros principios, en ocasiones radicalmente opuestos en forma y fondo a los propugnados por Marx y sus discípulos.

Algunas cuestiones fundamentales subyacen en mis reflexiones. Una de ellas, el anhelo de unos pocos por implantar el nuevo régimen, tal

como Lenin proclamó desde las páginas del *Iskra*, el periódico de los exiliados rusos de principios del siglo XX: «Dadnos puñado de revolucionarios y subvertiremos Rusia». ¿Pero es posible un sistema comunista que no se limite a ser una dictadura? ¿Siempre será imprescindible que el dictador cuente con una nomenklatura tan tiránica como él mismo con los subordinados a quienes aseguraba querer salvar de enormes males? ¿Es viable un comunismo de rostro humano?

En los experimentos aplicados hasta el presente, bien podría aplicarse al comunismo aquel verso de Jorge Cafrune, apodado *el Turco*, que al interpretar una de las grandes obras del maestro Atahualpa, en sus *Coplas del payador perseguido*, se lamenta al describir los abusos propios de una mentalidad capitalista de los estancieros: «y yo pensé con tristeza, Dios por aquí no pasó».

¿Es viable lo que algunos denominan una tercera vía? Invito al lector a que me acompañe en esta inmersión en los modos de gobierno que han sido impuestos desde la Revolución de Octubre de 1917 y replicados en muchas épocas y países diversos de varios continentes.

Los bolcheviques y sus sucesores forzarían la realidad para tratar de hacer presente lo que en 1869 el anarquista ruso Serguéi Necháyev había escrito en el *Catecismo del revolucionario*:

«El revolucionario es un hombre perdido de antemano. No posee intereses particulares, asuntos privados, sentimientos, ataduras personales, propiedades, no tiene siquiera nombre. Todo en él queda absorbido por un único interés que excluye todos los demás, por un solo pensamiento, una pasión: la Revolución. En el fondo de su ser, no sólo en palabras, sino también en actos, ha roto cualquier vínculo con el orden público y con todo el mundo civilizado, con todas las leyes, conveniencias, convenciones sociales y reglas morales de este mundo. El revolucionario es un enemigo implacable de todo esto y sólo continúa viviendo para destruirlo más seguramente».

Resulta interesante, a este respecto y para comprender la deriva violenta que inevitablemente toma toda revolución —y su inevitable hermanastra, la contrarrevolución—, la reflexión del escritor francés Albert Camus, que por supuesto había leído a Necháyev, en *El hombre rebelde*:

«El revolucionario llega a un punto del camino en el que debe resolver el dilema de si matará o será asesinado. Una vez traspasado, en un sentido u otro, ya no habrá marcha atrás».

Cabe preguntarse si siendo bueno el fin debería lograrse la meta a costa de tal holocausto. El interrogante se agiganta cuando el resultado es, sin excepciones, aciago.

Conviene recordar las palabras del politólogo Isaiah Berlin, parafraseando la reflexión del ideólogo de la revolución campesina Alexandr Herzen sobre la Revolución francesa:

«Si para conseguir el bien absoluto de decenas de millones de individuos debemos aniquilar a varios millones, sólo tendremos un hecho seguro: que habrán muerto millones de individuos, nada más».



2

Umbrales para una revolución

El desarrollo de las organizaciones tiende a ser progresiva, evolutiva. Las revoluciones llegan casi siempre precedidas por fenómenos o circunstancias exclusivas, explosivas, que van configurando un escenario donde las rupturas serán posibles, cuando no inevitables. El ser humano, sobre todo a partir de determinadas edades, tiende casi por definición a lo rutinario y sólo fuertes golpes a sus reiteradas tradiciones abren la puerta a modos diversos de afrontar la realidad. Con más fuerza sucede cuando no se trata de una criatura singular, sino de un grupo humano.

La revolución bolchevique estudiada en esta obra, junto a otras manifestaciones de la plasmación en el mundo real de la ideología propugnada por Karl Marx, mucho debe agradecer a la torpeza de Nicolás II. El último de los zares fue persona insegura. En un alarde de cordura llegó a explicitar casi en los comienzos que no se sentía preparado para gobernar. En vez de buscar alternativas, y siguiendo una patología que se ha reproducido en múltiples situaciones semejantes a lo largo de la historia, dio un paso adelante. ¡Decisión errada! Su modo de solventar perplejidades fue agarrarse con ofuscación a un pasado del que no supo desprenderse de igual modo que tantos malos directivos se aferran a normativas obsoletas únicamente porque el libre arbitrio propio y ajeno les colma de temor. Suele suceder que cuanto mayor es la inseguridad, mayor será también la testarudez en el cumplimiento de reglamentos por estúpidos o superfluos que sean.

Incapaz de deslindar el ámbito de lo público y lo privado, Nicolás II manejó Rusia como si fuese su cortijo. No distinguía –ha sucedido en muchos dirigentes y directivos– entre lo recaudado por el Estado y lo que a él correspondía. El último zar carecía de formación suficiente para interpretar el mundo en el que vivía y su función en ese entorno en el que le había tocado actuar como figura relevante. Su única abundancia fue en limitantes mediocridades de las que una anulada autocracia le impedía salir. El zar viviría y moriría aherrojado, encorsetado, porque su carencia de inteligencia le impedía vislumbrar algo que fuera más allá del acatamiento agobiante de usanzas paralizantes.

Parte del pueblo correspondió a aquella decepcionante realidad con la creencia de que lo que acontecía no se produciría si quien se encontraba en la cúspide supiese lo que se estaba cocinando. Seguro –consideraban muchos– que si Nicolás II fuese informado de las lamentables condiciones de su pueblo actuaría de inmediato. Similar espejismo se reproduciría en incluso mayor medida con uno de sus crueles sucesores, el criminal Stalin, a quien innumerables rusos –algunos, por cierto, a quienes por él habían sido ajados– seguirían calificando durante años como el Padrecito.

Cuando quedaron segadas por las balas docenas de víctimas en San Petersburgo por tratar de trasladar sus necesidades al zar, el monarca llegó a decir: «les perdono por haberse rebelado contra mí», como si el agraviado fuese él y no las innumerables víctimas de una atroz represión.

De aquello no sólo habló la prensa internacional, sino el mejor medio de comunicación que se ha conocido desde entonces: el cine. En concreto, en 1925, *El acorazado Potemkin*. Su director, Serguéi Eisenstein, fue habilidoso –a través sobre todo del montaje, en el que los soviéticos fueron unos maestros– para reflejar en el inolvidable descenso fusilero de las escaleras la inmensa crueldad de un régimen que había perdido el rostro.

La confusión entre lo accidental y lo esencial es propia de mentecatos. Y cabe calificar como tal al zar de todas las Rusias cuando en pleno desarrollo revolucionario andaba preocupado por la previsión meteorológica, por la elaboración del elenco de invitados de un tentempié

campestre o por el tipo de munición que debía emplear en una encadenada jornada de caza.

La carencia de capacidades directivas llevó al zar a implicarse en una guerra de la que mucho malo podía obtener y nada bueno lograr. Funvió de abanderado de un suicidio colectivo que no tardaría en pasar factura sobre las deterioradas relaciones con sus vasallos. Basta un dato para captar el dislate: apenas el 30% de los soldados enviados al frente disponía de fusil para entrar en combate. La indicación perentoria era recoger el arma del fallecido más cercano para de ese modo estar en condiciones de cargar contra las trincheras enemigas. Ni los mandos pueden ser calificados como genios del gobierno ni el entusiasmo fue la cualidad más extendida entre las tropas.

Por si fuera poco, mientras el zar interfería convirtiéndose en responsable directo de la carnicería en el frente, su esposa tomaba las riendas de un Gobierno en el que provocaría más de 20 sustituciones de ministros en poco más de cuatro meses. Todo ello, con el ineludible asesoramiento del infame Grigori Yefimovich Rasputín (1872-1916).

Nicolás II es un extraordinario paradigma de cómo no debe comportarse un directivo. Pocos personajes en la historia reflejan mejor el modelo del dirigente que no es preciso en un momento específico, y en este caso en una encrucijada que iba a poner en marcha el posterior modelo en el que se mirarían a partir de entonces los regímenes más sanguinarios.

Su incapacidad para hacerse cargo fue notable. La perspectiva es una de las condiciones imprescindibles de quien pilota una organización. Dar bandazos, carecer de visión estratégica, atender a lo accidental por torpeza para detectar lo relevante invalida para el gobierno. Nicolás II no fue la causa, pero sí la ocasión de una revolución que habría de conmover al mundo. Entre sus incompetencias se enumera el haber dejado en manos de Rasputín decisiones que él habría de haber asumido. Es más, aquel peculiar monje –vividor, habitualmente ebrio, lujurioso hasta lo enfermizo, embaucador– nunca debería haberse acercado a los límites del poder.

De la insania del zar queda un testimonio inapelable: el texto de su abdicación. Se asegura en la misma, fechada el 2 de marzo de 1917:

«Los disturbios populares internos amenazan con ejercer un desastroso efecto sobre el futuro de esta persistente guerra [...]. En conformidad con la Duma Imperial, hemos decidido renunciar al Trono del Imperio Ruso y entregar el poder supremo. Solicitamos a nuestro hermano que dirija los asuntos del Estado, en plena e inviolable unión con los representantes del pueblo en los cuerpos legislativos, sobre los principios por ellos establecidos, y sobre los que prestará solemne juramento [...].

Solicitamos a nuestro fieles hijos de la Madre Patria que cumplan con su sagrado deber hacia la Madre Patria, obedecer al Zar en el duro momento de las pruebas nacionales y ayudarle, junto con los representantes del pueblo, a guiar el Imperio Ruso en la ruta hacia la victoria, el bienestar y la gloria».

La revolución bolchevique y todos los desmanes que trajo de su mano fueron ocasionados por un dirigente desastroso que debería haber llevado a la práctica —mediante la dimisión— su propia impresión, antes referida, de que era inepto para el gobierno. Él, al igual que muchos antes y después, olvidó que la primera obligación profesional de un dirigente es reconocer si cuenta o no con capacidad suficiente para las funciones a las que ha sido promovido. Asumir o mantenerse en el poder cuando se atisba la imposibilidad de consumir un buen trabajo como directivo es una inicial y garrafal carencia de ética.

La nesciencia de Nicolás II se prolongó hasta el momento mismo de su muerte. La noche del 16 al 17 de julio de 1918, el zar y su familia fueron trasladados a los sótanos de la casa en la que se les alojaba. El zar se encontraba tranquilo, pues seguía pensando, según su percepción burocrática de la vida, que Lenin tendría que acudir a él para confirmar con su firma las reformas del Gobierno bolchevique. Olvidaba que él ahora ya no era Nicolás II, sino un ciudadano de nombre Romanov, y que, además, Lenin no creía en otra normativa que la que él mismo iba improvisando en cada circunstancia.

3

La importancia de la antropología

Toda persona y toda organización acaban actuando en función de paradigmas. No hay iniciativa que aspire a convertirse en proyecto realizado que no vaya erigiendo un esquema intelectual que le proporcione soporte.

Una de las iniciales decisiones que han de ser tomadas es si lo relevante serán las personas o una genérica masa. En el comunismo, al igual que en el nazismo, se optó por el *Volk*. El genérico pueblo de los nazis se convirtió también para los bolcheviques y sus sucesores en el parapeto contra el que chocaría cualquiera de las objetivas críticas que les irían siendo formuladas. Es lo que sucede, en fin, con movimientos asamblearios, que se presentan como redentores y son chuscos remedos del descalabro comunista o del desastre nazi.

En el *Manifiesto comunista*¹ se afirma con bobería:

«La abolición de propiedad existente no es nada que caracterice específicamente al comunismo. Todas las relaciones de propiedad han estado sometidas a un constante cambio histórico, a una persistente alteración histórica.

La Revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal en beneficio de la burguesa. Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de

la propiedad burguesa. Sin embargo, la moderna propiedad privada burguesa es la expresión última y más perfecta de la producción y apropiación de productos basadas en las contraposiciones de clase, en la explotación de los unos por los otros. En este sentido, los comunistas pueden resumir su teoría en la frase “abolición de la propiedad privada”».

Curiosamente, en la Unión Soviética, si bien se desintegraba el principio de propiedad, se mantenía —y lo iré detallando— la realidad de que quienes ocupaban puestos de poder disfrutaban de los mismos beneficios, incrementados, de los que había gozado la anterior nomenklatura, es decir, la clase noble que rodeaba a los zares. Asimismo, los sindicatos no se enfrentaban al poder como hacían antaño, sino que formaban parte de la correa de transmisión del sistema al estar incluidos en la jerarquía estatal. Este esquema sería el mismo en la Alemania nazi y en las sucesivas réplicas fascistas y comunistas que han recorrido el siglo XX y se prolongan al XXI. En otras palabras, para el bolchevismo el sindicato ya no debe enfrentarse al poder, pues la clase proletaria supuestamente ya lo ostenta. Esa nociva forma de pensar anula cualquier disidencia.

Durante algún tiempo, los bolcheviques proclamaron su confianza en la peculiar creencia en un progresivo devenir de la historia por ellos predefinido. Así proclamó Trotsky ante los jueces al ser encausado por la rebelión de 1905:

«Un levantamiento de masas no puede producirse si no es de común acuerdo entre sus protagonistas. Es el resultado de relaciones sociales y un esquema bosquejado en un papel. Una insurrección popular no puede programarse. Sólo puede preverse. Por razones que dependen tan poco de nosotros como del zarismo, una confrontación abierta se ha hecho inevitable. No importa lo efectivas que sean las armas porque no es en ellas, señores jueces, donde reside el verdadero poder. ¡No! Tampoco en la capacidad que las masas tengan de matar a otros, sino en la gran disposición de sus integrantes a morir: eso es lo que asegura, en última instancia, la victoria de una insurrección popular».

Curiosa explicación de quien antes, durante y después no dejaría de confabular proactivamente contra el poder establecido.

A esa pregonada fe ciega en el sucederse inexorable se unía otra notable ingenuidad: «en la medida en que es abolida la explotación de un individuo por otro queda abolida la explotación de una nación por otra». Por si no quedase claro, se insiste: «con la contraposición de las clases en el interior de las naciones desaparece también la actitud hostil de las naciones las unas contra las otras».

Como en cualquier ideología, los bolcheviques aseveraban que estaban en el proceso de descubrimiento e implantación de un modelo radicalmente diferente de los precedentes:

«Cualquiera que sea la forma que haya adoptado, la explotación de una parte de la sociedad por otra es un hecho común a todos los siglos pasados. No puede sorprender, pues, que la consciencia social de todos los siglos, pese a su multiplicidad y variedad, se mueva dentro de ciertas estructuras comunes, formas de consciencia que sólo se disipan completamente con la total desaparición de la contraposición de clases.

La revolución comunista es la ruptura radical con las relaciones de propiedad heredadas; no puede asombrar que en su desarrollo se rompa de modo tajante con ideas heredadas».

El darwinismo —o mejor, una interpretación torticera de él— fue convirtiéndose en parte del modelo tanto del capitalismo como del marxismo. Así, escribe Marx en *El capital*:

«La división social del trabajo [en la sociedad burguesa] enfrenta a productores independientes de mercancías que no reconocen más autoridad que la concurrencia, la constricción que ejerce sobre ellos la presión de sus respectivos intereses del mismo modo que en el reino animal la lucha de todos contra todos mantiene más o menos las condiciones de existencia de todas las especies».

En otros lugares he tratado más extensamente este tema, comparándolo con paredañas afirmaciones del filósofo y economista austriaco Friedrich Hayek, crítico del socialismo y la economía planificada.

Con todo, vale la pena recordar que el darwinismo es una teoría decimonónica que se ha visto pulida y mejorada durante años por la

ciencia, y hoy, por ejemplo, se consideran la cooperación y el altruismo como actitudes también naturales, esto es, determinadas genéticamente. El darwinismo social es una vulgarización de la teoría del inglés. Se interpreta como que el más fuerte sobrevive, cosa que jamás escribió Darwin, quien, por lo demás, nunca pretendió proporcionar a su teoría una intencionalidad política. Lo que señalaba es que sobrevive el que mejor se adapta al medio sin que en ese proceso de adaptación se genere necesariamente una lucha de todos contra todos.

Los bolcheviques —y es tema de máxima relevancia para entender al *management* de los comunistas— aplicaron a conciencia el principio del filósofo y político inglés Francis Bacon: «*Recte enim veritas temporis filia dicitur non auctoritas*», esto es, «la verdad es hija del tiempo, no de la autoridad». Nada era para ellos realidad o ficción, sino que todo dependía de lo que interesase a los dirigentes en cada momento y circunstancia puntuales.

A golpes, como cualquier movimiento totalitario, los bolcheviques aspiraron a introducir en su modelo lo acaecido. Así, se lee en el *Manifiesto comunista*: «la historia de toda la sociedad existente hasta hoy es la historia de luchas de clases». En vez de admirarse de la realidad como Aristóteles, diseñaron un patrón en el que todo tenía que encajar. Detrás, en lo conceptual, se encontraba el mismísimo Descartes, aunque los redactores del *Manifiesto* probablemente lo ignoraban.

Cada uno de los implicados en el desarrollo de una iniciativa va marcando el sistema. Lenin, por más que luego se haya afirmado lo contrario, no fue un pensador ni tampoco un dialéctico, sino un oportunista. Esa particularidad delimita sus diseños y fue característica distinguida de la herencia que confirió a sus seguidores. Para llegar al poder vale cualquier estrategia y, por lo tanto, cualquier táctica. Y lo mismo para mantenerlo. Por todo ello el Partido jamás se equivoca. Además no puede hacerlo, ya que es la vanguardia del proletariado.

En el fondo, la antropología era coincidente a la expresada por Necháiev y el anarquista ruso Mijaíl Bakunin cuando en su *Catecismo del revolucionario* describía lo siguiente:

«El revolucionario es un hombre sacrificado. Carece de intereses privados, de negocios, de sentimientos, de vínculos, de propiedades, hasta de nombre. Todo su ser está devorado por un solo

propósito, un solo pensamiento, una sola pasión: la revolución. En alma y vida, no por simples palabras, sino por sus actos, ha roto todos sus vínculos con el orden social y con el mundo civilizado, con sus leyes, sus buenos modales, sus convencionalismos y su ética; se ha convertido en su despiadado enemigo, y si sigue viviendo en él es con el único propósito de destruirlo. Desprecia la opinión pública; desdigna y aborrece la moralidad social de su tiempo, sus motivos y sus manifestaciones. Todo cuanto puede contribuir al éxito de la revolución es moral; inmoral todo cuando se oponga a ella. La naturaleza del verdadero revolucionario está reñida con el romanticismo, la ternura, el embeleso, el amor».

Pocas veces se ha expresado con tanta transparencia la antropología que subyace tras una ideología. Lo individual no importa porque la masa todo lo justifica. Eso sí, lo explica para que mientras tanto los miembros nominales de la nomenklatura, durante el tiempo que pertenecen a ella, disfruten y se comporten como sátrapas caprichosos. La nomenklatura es, por decirlo de forma sencilla, la minoría que presuntamente representa el anhelo de la mayoría, a la que dirige y en el fondo enseña —la clase proletaria, que no tiene la formación adecuada, en el fondo no sabe lo que quiere—, por lo que es omnipotente. No hay más principio que —por decirlo con el vulgo— el consabido quítate tú para que me ponga yo. Eso sí, alambicado y escudado tras el supuesto bien de una clase obrera.